

## MIEDO Y RESPUESTA SOCIAL EN AREQUIPA: LA ERUPCIÓN DE 1600 DEL VOLCÁN HUAYNAPUTINA (PERÚ)

MARÍA EUGENIA PETIT-BREULH SEPÚLVEDA  
*Universidad de Sevilla*

**RESUMEN.** El 14 de febrero de 1600 se produjo un suceso extraordinario que sumió en una crisis a la ciudad de Arequipa (Perú) y pueblos de los alrededores durante meses y sus consecuencias económicas perduraron durante años. El objetivo de esta investigación es analizar la respuesta social en Arequipa ante el desastre producido por la erupción del volcán Huaynaputina (16°37'S-70°51'W) e identificar a los líderes que intentaron calmar el miedo que provocó este fenómeno tanto en la población española como en la indígena de la zona.

*Palabras clave:* Arequipa en el siglo XVI, volcán Huaynaputina, erupción de 1600, miedo, providencialismo

**ABSTRACT.** On 14 February 1600 an extraordinary event occurred that plunged the city of Arequipa (Peru) and surrounding towns into a crisis that lasted months and its economic consequences years. The objective of this research is to analyze the social response in Arequipa against the disaster caused by the eruption of the Huaynaputina volcano (16°37'S-70°51'W) and identify the leaders who tried to calm the fear that caused this phenomenon both in the Spanish population as well as in the indigenous of the area.

*Keywords:* Arequipa in the sixteenth century, Huaynaputina volcano, eruption of 1600, fear, providentialism.

## 1. Introducción

El 14 de febrero de 1600 se produjo una de las erupciones más explosivas de la época colonial en la América española, cuyas consecuencias llevaron a la población de Arequipa (Perú) y pueblos de los alrededores a una crisis de subsistencia que duró varios meses y cuyas secuelas económicas perduraron durante años. En los primeros días y debido a la confusión, se pensó que se trataba de una actividad del volcán de Arequipa o Misti, pero el centro de emisión era realmente un estratovolcán de 4.900 mts. sobre el nivel del mar localizado a unos 70 kms. al sureste de la citada ciudad, en el actual Departamento de Moquegua.

El objetivo de este estudio es analizar la respuesta social en Arequipa ante la catástrofe producida por la erupción del volcán Huaynaputina (16°37'S-70°51'W) y reconocer a los líderes que intentaron calmar el miedo que generó este fenómeno, tanto en la población española como en la indígena de la zona; del mismo modo, se hará una comparación de las soluciones que buscaron ambos colectivos ante este suceso catastrófico, identificando las semejanzas y las diferencias, dando una explicación del origen de estos comportamientos en cada caso.

En general, cuando las investigaciones históricas se han referido a esta erupción se la ha considerado como de principios del siglo XVII, pero creo que este suceso extraordinario nos permite analizar una sociedad de finales del siglo XVI. Esta apreciación es destacable, ya que la respuesta de la población responde a unos patrones de comportamiento que son el resultado de las últimas décadas de convivencia y de experiencias de esa citada centuria. Philippe Bouysson y Thérèse Bouysson-Cassagne (1984, pp. 43-68) fueron los primeros en reseñar la importancia de esta erupción para analizar el proceder de españoles e indígenas, planteando que la actividad del Huaynaputina fue interpretada por los hispanos como un castigo por sus pecados, mientras los indígenas entendieron que era una muestra todavía poderosa de sus dioses antiguos, que se revelaron para destruir a los españoles. Yo misma, dentro de un estudio más amplio, me referí a esta erupción y a sus impactos regionales, pero no entré en los detalles que se aportan en esta publicación (Petit-Breuilh, 2004a, pp. 90-102). Por su parte, Bernard Lavallé (2011, pp. 1-16) planteó diversas reflexiones sobre las reacciones de los habitantes y de las autoridades laicas y religiosas de Arequipa a comienzos del siglo XVII, donde incluía algunos detalles de la erupción del Huaynaputina, pero asociando la actuación de la sociedad con anteriores episodios de terremotos destructivos experimentados en la zona.

En este trabajo se plantea que la idea de la población española e indígena de Arequipa sobre el origen del desastre produjo una serie de comportamientos en la sociedad. Por ello un conjunto de personajes tuvieron que asumir la organización de

USC

sus respectivos grupos y hacerse cargo de la reconstrucción material y económica de la ciudad en esos momentos de crisis generalizada. Por otra parte, el miedo que sintieron las personas y cómo lo expresaron nos lleva a suponer que el providencialismo de la época es la respuesta que ayuda a comprender la celebración de variados rituales y ceremonias para aplacar la «ira de Dios» (Petit-Breuilh, 2001, pp. 231-251). Por su parte, los indígenas también tuvieron reacciones ajustadas a sus creencias, ya que para ellos, al igual que para los españoles, la ruina que causó la erupción del Huaynaputina fue el «castigo divino», en este caso, de sus dioses ancestrales, como Tice-Viracocha o el también denominado Tunupa (Bouysse Cassagne, 1997, pp. 157-212)<sup>1</sup>. Para este colectivo, toda la devastación generada por los materiales emitidos por el citado volcán habría sido consecuencia de que las comunidades andinas se habían apartado de las creencias ancestrales y ya no cumplían con los cultos como lo pedía su tradición a través de los chamanes, llamados generalmente «hechiceros» en la documentación.

**Mapa 1. Ubicación del volcán Huaynaputina**



<sup>1</sup> Tunupa es el nombre de un antiguo dios andino de los volcanes y también acuático, de la época anterior a los incas. En la actualidad aún se conserva su recuerdo en Bolivia en los alrededores del Lago Titicaca, antigua guaca sagrada de la época de Tiwanaco.

Las fuentes utilizadas en este trabajo son documentos del Archivo General de Indias, de la Biblioteca Apostólica Vaticana y relatos de crónicas de la época, junto a reseñas e informes de misioneros que estaban en la zona afectada, fuentes que facilitan la reconstrucción de los hechos y permiten contrastar la información disponible. Recurrimos también al apoyo de croquis de la época y cartografía histórica, y al análisis de la toponimia de la región para poder definir exactamente la magnitud geográfica de lo que se describió en los registros consultados. Para poder valorar con más criterio los datos históricos se consultaron investigaciones realizadas por vulcanólogos y geólogos regionales, que han evaluado este suceso natural extraordinario, para conocer con metodologías actuales los verdaderos efectos regionales y planetarios de esta erupción. También hemos recurrido a trabajos de arquitectura e historia del arte para conocer mejor las características de las infraestructuras dañadas.

El marco teórico utilizado en este trabajo se basa en la metodología de la historia social, recurriendo al cruce de información de distintas fuentes. Partiendo de estos presupuestos se realizó el análisis pormenorizado de una coyuntura para observar el comportamiento de la población y tratar de comprenderla y valorar su forma de sobrevivir al desastre, o sea, conocer su capacidad de resiliencia.

Esta investigación detallada y contrastada ayudará a entender la reacción de una sociedad de finales del siglo XVI, una sociedad sometida a las consecuencias de un fenómeno natural catastrófico y de larga duración para el que no estaba preparada. Además, no cabe olvidar que este se produjo en un momento de transición, después de años de colonización, guerras civiles, terremotos frecuentes, e incluso devastadores como el de 1582, y de diversos ensayos misioneros poco efectivos en el virreinato peruano. Es importante valorar igualmente que a finales del Quinientos los comportamientos de la población hispana e indígena ante la explosiva erupción del volcán Huaynaputina nos sirven para analizar los cambios que se estaban experimentando en dicha comunidad y acercarnos, en la medida de lo posible, a lo que sentían y pensaban sus habitantes en una situación que para ellos era el final de todo. ¿Cómo interpretaron la erupción? ¿cuál fue la causa para ellos? ¿sintieron miedo? ¿cómo lo resolvieron?

## 2. La sociedad de Arequipa a finales del siglo XVI

Arequipa se fundó en 1539 por orden de Francisco de Pizarro (Murillo Velarde, 1990, p. 279). Sin embargo el cronista Cieza de León señaló:

«... en lo tocante a la fundación de Arequipa, no tengo que decir más de que cuando se fundó en otro lugar, y por causas convenientes se pasó adonde agora

está. Cerca de ella hay un volcán, que algunos temen no reviente y haga algún daño. En algunos tiempos hace en esta ciudad grandes temblores la tierra. La cual fundó y pobló el marqués don Francisco Pizarro, en nombre de su majestad, año de nuestra reparación de 1530 años...» (Cieza de León, 1984, p. 298)

Existe una cierta controversia sobre la creación de este núcleo urbano, pero según parece, Pizarro, cuando tuvo que ausentarse para ir a negociar la paz con Manco Inca, dejó todo organizado, ya que nombró a los miembros del Cabildo, cuyo alcalde fue Pedro Barroso. La fecha que suele aparecer en la mayoría de la bibliografía sobre la fundación de esta ciudad es la de 1540.

Con respecto a la geodinámica regional hay que recordar que el primer terremoto sentido por la población en Arequipa fue en 1555. Sin embargo, esta población padeció un terremoto de gran magnitud el 22 de enero de 1582 provocando la ruina total de las construcciones (Petit-Breuilh, 2004b, p. 42); según relatos de la época dicho movimiento de tierra se atribuyó al volcán Misti o de Arequipa, al menos, así se rumoreó incluso en Quito:

«... el año de 1582 ... habiendo venido nueva que había hundido la ciudad de Arequipa de dicho reino, con un gran terremoto que en ella hubo causado de un volcán que estaba cerca de allí, y saliendo huyendo los vecinos della, con el gran temor del gran ruido y terremoto, no pudiéndolo hacer á su salvo, muchos dellos y de los naturales indios que se habían hundido dentro y muerto...» (Jiménez de la Espada, 1888, p. 93)

Nuevamente en 1599 se produjo otro terremoto con epicentro en la costa, pero que afectó también a Arequipa<sup>2</sup>. Tras la erupción de 1600 del Huaynaputina, otro seísmo de gran magnitud ocurrido el 24 de noviembre de 1604 terminó por perjudicar más, si cabe, a la economía regional. Sin duda, todos estos eventos tuvieron que tener consecuencias en el ánimo general de los habitantes de Arequipa (Cobo, 1964, pp. 102-104).

A mediados del siglo XVI el cronista Cieza de León comentaba que Arequipa tenía algunos pueblos de indios bajo su jurisdicción como los ubinas, chiquiguanita, quimistaca y collaguas. También indicaba que algunos vecinos «*españoles tienen encomienda sobre los naturales dellos*» (Cieza de León, 1984, p. 297); más exactamente, «*siete corregimientos se encontraban bajo su jurisdicción repartidos en diferentes encomiendas*» (Málaga Medina, 1975, p. 48). A mediados del siglo XVIII se calcula que Arequipa tenía unos «50 mil indios tributarios» (Murillo Velarde, 1990, p. 279).

<sup>2</sup> Biblioteca Apostólica Vaticana (en adelante B.A.V.), Barb. Lat. 3584, f. 87. VÁZQUEZ DE ESPINOZA, 1992.

Entre las órdenes religiosas que se establecieron en Perú y en Arequipa destacan las de predicadores o dominicos, franciscanos (tenían conventos en Arequipa y controlaron la Inquisición), la orden de la Merced o mercedarios, la Orden de San Agustín (Santuario de Copacabana, lago Titicaca) y la Compañía de Jesús. Desde la fundación de la ciudad hasta finales del siglo XVI, tanto los edificios civiles como las iglesias, monasterios y casas mayores fueron construidos principalmente de adobe con techos de paja. Este dato es importante, ya que tanto los materiales como los tipos constructivos explican los dañinos efectos registrados en los inmuebles cada vez que los procesos naturales actuaban sobre ellos.

Por otra parte, la actividad económica predominante de la región antes de la erupción de 1600 era la agrícola, especialmente las explotaciones de viñedos y la producción ganadera con animales autóctonos, como llamas y alpacas, y los llevados desde Europa como vacas, ovejas, caballos, mulas y asnos, que transportaban diferentes mercancías desde la Audiencia de Charcas hacia Lima o la costa de Arica. El primer cronista de la zona, Pedro Cieza de León (1540-1550) indicó lo siguiente:

«... dase en ella muy excelente trigo, del cual hacen pan muy bueno y sabroso» y agregaba: «... esta ciudad de Arequipa, por tener el puerto de la mar tan cerca, es bien proveída de los refrescos y mercaderías que traen de España, y la mayor parte del tesoro que sale de las Charcas viene a ella, de donde lo embarcan en navios que lo más del tiempo hay en el puerto de Quilca, para volver a la ciudad de los Reyes... » (Cieza de León, 1984, pp. 297-298)

Asimismo, Martín de Murúa señalaba a principios del siglo XVII que en esta región andina existían «*muchas estancias de ganado de Castilla, ovejuno y vacuno. Cayó en gran manera de su prosperidad con la ruina de Arequipa, que era negocio de excesivo interés el del trajín del vino y muchos hombres ricos quedaron pobrisimos*» (Murúa, 1987, p. 555). Es evidente que una de las primeras consecuencias de la actividad explosiva del Huaynaputina sería el daño en las cosechas y la muerte del ganado; sobre todo considerando que la pómez es altamente dañina para los seres vivos debido a su abrasividad y alto contenido en sílice, que la transforman casi en vidrio pulverizado.

Bernabé Cobo, cuando describió en su crónica el deterioro generalizado que causó la erupción del Huaynaputina, recordaba que antes de la misma algunos vecinos de Arequipa se dedicaban a la vitivinicultura en los valles cercanos, indicando que:

«... solo en el valle de Vitor, donde los moradores de Arequipa tenían la mayor parte de sus viñas, se cogían cada año más de cien mil botijas de vino, que, a tres pesos cada una, montan trescientos mil; y por causa desta tempestad, no se cogió

en los seis años siguientes gota de vino, de donde se saca que no podrán jamás restaurar los daños grandes que causó este volcán... » (Cobo, 1964, p. 101)

Al menos, eso era lo que ellos pensaban. Hacia finales del siglo XVI también había en los alrededores de Arequipa olivares y cañaverales de azúcar que completaban el escenario productivo de la región.

**Mapa 2. Fragmento del mapa del Perú de Nicolás Sanson d'Abbeville (Ca. 1645)**  
«*Le Perou, et le tours de la Rivre. Amazone*»



Destacan las ciudades de Lima o Ciudad de los Reyes, Callao y Cusco al noreste; entre Arequipa y el lago Titicaca estaría localizado el volcán Huaynaputina en la zona de montaña y al sur por la costa del Pacífico el puerto de Arica. (En Memoria Chilena, cl.)

### 3. La erupción del Huaynaputina

«... Sea Dios bendito que tan gran castigo envió sobre esta ciudad, tomando por instrumento una cosa tan leve como es un poco de ceniza; pero ésta fue tanta que durará toda la vida... » (Diego de Ocaña, 1987, p. 214)

Como se ha comentado antes, el siglo XVI culminó en los Andes peruanos con una de las erupciones más explosivas de las que se ha tenido registro durante la época colonial; se trata de la que tuvo lugar en el volcán Huaynaputina<sup>3</sup> en 1600 (Petit-Breuilh, 2004a, p. 90). En los primeros registros documentales de la región, incluida

<sup>3</sup> En quechua: «Putina el mozo» o «volcán joven».



la cartografía histórica, se le identificaba también con el nombre de Omate o «*volcán de los Ubinas*», Quinistaquillas o Chequeputina, que significa «*volcán de mal agüero*» (Amanqui, 2006, p. 105). Esta es la razón por la que se creó a lo largo del tiempo cierta confusión histórica a la hora de determinar exactamente el centro de emisión de esta erupción. En esta época una de las ciudades más afectadas por el suceso catastrófico fue Arequipa y varios pueblos de indios de los alrededores; por este motivo, y por estar el volcán de este nombre tan cercano, en algunas crónicas contemporáneas la actividad fue atribuida erróneamente al volcán de Arequipa o Misti y esta equivocación fue repetida en registros posteriores (siglos XIX y XX).

Desde este núcleo urbano se escribieron la mayoría de los relatos más impactantes debido a la cercanía con el cráter activo y a que muchos supervivientes de los pueblos aledaños fueron a ella en busca de refugio. La erupción duró más de un mes en su fase más explosiva y los peores momentos se experimentaron desde el 19 hasta el 21 de febrero, el 26 de febrero y el 4 de marzo de 1600, finalizando la caída de ceniza fina el 15 de marzo; durante este tiempo se generaron como mínimo tres flujos de piroclastos que sepultaron, según las fuentes de la época, al menos a siete pueblos de indios de los alrededores. Por su parte, la pluma de ceniza se habría registrado en esos años hasta en Nicaragua, a más de 3.000 kms. del Huaynaputina, aunque en la actualidad sabemos que llegó hasta Europa generando alteraciones en el clima global (Shanaka y otros, 1998, pp. 455-458; Verosub y Lippman, 2008, pp. 141-148). En este sentido, esta erupción es comparable en su impacto climático general a la del Laki en 1783 (Islandia), el Tambora en 1815 (Indonesia) o el Krakatoa en 1883 (Java-Sumatra), mucho más conocidas y estudiadas.

Gracias a los testimonios de los supervivientes recogidos por Bernabé Cobo en su crónica podemos saber que la erupción comenzó con ruidos subterráneos, una alta sismicidad local y con la emisión de ceniza «*humo negro*» que alcanzó un área de 12 leguas (unos 65 kms<sup>2</sup>), después se produjo una gran explosión «*que parecía llegar hasta el cielo*», a lo que prosiguió la caída de pómez. En la base del cono antiguo del Huaynaputina se abrió una fisura desde la que fue emitida una colada de lava que alcanzó una legua y media (unos 8 kms.) «*abrasando cuanto topaba, de manera que dejó los árboles hechos carbón y la tierra por donde pasó, cocida y tan dura como una peña*» (Cobo, 1964, p. 98). Del cráter activo eran lanzadas bombas volcánicas de distintas dimensiones, siendo las cercanas –zona balística– del tamaño de «*dos botijas puruleras*» hasta unos 5 kms. del cráter, otras eran del porte de la «*cabeza de un hombre*» y alcanzaron una mayor distancia. La fase explosiva de la erupción se mantuvo intermitente varias semanas y los temblores de origen volcánico se sintieron durante más de ocho meses, con tres o cuatro eventos perceptibles por día.



Además, la crónica de Bernabé Cobo destaca que los materiales de los flujos piroclásticos embalsaron el río Tambo, que era muy caudaloso en ese momento por ser verano, de modo que con

«... la lluvia de piedras inflamadas que arrojaba el volcán en ellas, se calentó el agua de suerte, que hervía como lo hace una caldera puesta al fuego, con que se coció cuanto pescado había en el río y lo que al entrar en la mar alcanzó su agua; y así se hallaron en las riberas de la mar grandes montones de lisas, pejerreyes, camarones y otros pescados cocidos, que las olas echaron fuera, sin lo que quedó enterrado en ceniza y arena... » (Cobo, 1964, p. 100)

Después de la erupción pliniana, que alcanzó un Índice de Explosividad Volcánica (IEV) 6-7 (Simkin y Siebert, 1994, p. 23), solo se veían los tejados de las torres de las iglesias de los pueblos cercanos al volcán Huaynaputina (Ocaña, 1987, p. 212), siendo la evidencia de lo explosiva que fue la actividad y que la información reseñada en diversa documentación de la época, indicando que varios asentamientos habían sido sepultados por los flujos piroclásticos y la caída de pómez, era verdadera.

#### 4. La respuesta religiosa de la población

«... El volcán reventó para admiración del mundo y espanto de los pecadores... »  
(Calancha y Torres, 1972, p. 78)

Cuando la erupción del Huaynaputina de febrero de 1600 se hizo evidente en Arequipa, primero con la caída de una fina pómez, fue considerada como un suceso curioso e incluso recolectaban la piedra en «*papelitos*» con objeto de enviarla después a amigos y conocidos (Ocaña, 1987, p. 207; Murúa, 1987, p. 538; Vázquez de Espinoza, 1992, p. 682). Sin embargo, cuando las explosiones se hicieron más potentes y se mantuvieron en el tiempo la preocupación y el miedo fueron los dominantes. Una de las primeras acciones de los habitantes de la ciudad fue ir temerosos a las iglesias, a pedir, según sus creencias providencialistas, el «*perdón de Dios por sus pecados*» (Cobo, 1964, p. 98)<sup>4</sup>; debido a lo crítico de la situación optaron por confesarse públicamente ante la espera del final que les parecía inminente y la incapacidad de los clérigos de atender a cada uno de forma individual (Murúa, 1987, p. 539).

Hay que destacar que la erupción se produjo justamente durante la Cuaresma de ese año, según señalan e insisten las fuentes consultadas, y este hecho tiene que

<sup>4</sup> El jesuita Bernabé Cobo se encontraba a unos 800 Km. de la erupción, pero estaba en la región y recogió datos de primera mano.

haber contribuido de forma significativa al desarrollo de todo un abanico de rituales y ceremonias religiosas que comenzaron con la confesión de los pecados y recibiendo la comunión; también se predicaron varios sermones, se organizaron rogativas, procesiones de sangre, Vía Crucis, se realizaron exorcismos, misas cantadas, se rezaron letanías, se hicieron repicar las campanas, se pusieron las imágenes de algunos santos en la torre de la iglesia para conjurar al volcán, y hubo disciplinantes en la medida que la situación se iba complicando cada vez más.

Con todo, hay que dejar claro que esta no fue una respuesta espontánea, ya que ha quedado constancia en la documentación oficial que fue el corregidor de Arequipa, Juan Hurtado de Mendoza, quien *«primero y ante todo tomó por medio el ordenar con los monasterios Religiosos della, se hiciesen muchas procesiones y algunas de sangre las cuales se hicieron en abundancia convocadas por ellas»*<sup>5</sup>. Por su parte, en crónicas de misioneros se menciona que los rituales que se realizaron en Copacabana con la idea de aplacar la erupción del Huaynaputina, entendiéndose que era un castigo divino, también fueron fruto de un *«acuerdo entre los sacerdotes y el gobernador de Chucuito»*, refiriéndose al corregidor de ese lugar (Calancha y Torres, 1972, p. 416). Al margen de donde viniera la idea, es evidente que el poder civil y el eclesiástico se coordinaron para hacer lo que estaba en sus manos, actuando según sus creencias para tratar de resolver la situación de desastre.

Por su parte, los habitantes de Arequipa, ya fueran españoles o indígenas, al abandonar sus casas, lo primero que hicieron fue refugiarse en las iglesias. Pensando que llegaba el fin de sus vidas también quisieron recibir los sacramentos; por este motivo los templos permanecieron abiertos día y noche para dar consuelo a los feligreses, y en ellos se expuso el Santísimo (Cobo, 1964, p. 98). Hay que comentar que lo que se describe en las fuentes de la época era una sensación generalizada en la población de que ya todo había perdido sentido, especialmente desde la fase más explosiva de la erupción; para ellos era como estar experimentando el fin del mundo bíblico y por ese motivo dejaron sus actividades cotidianas para dedicarse solo a rezar y a rogar a Dios por su salvación.

En este contexto emocional de los habitantes de Arequipa, y ante el aumento de la actividad volcánica, el sábado 19 de febrero los cofrades comenzaron el rezo de la *«letanía de Nuestra Señora»* (Egaña y Fernández, 1986, p. 9) para pedir que ella intercediera ante el Altísimo, y realizaron también una peregrinación con la imagen de Santa Marta, abogada de los temblores en aquella ciudad *«y la trajeron en procesión a la iglesia mayor, que al presente es Catedral de aquel Obispado»* (Vásquez de Es-

<sup>5</sup> Archivo General de Indias (en adelante AGI), Lima, 111. Carta del Cabildo de Arequipa, 18 de septiembre de 1601.

pinoza, 1992, p. 682). Santa Marta –una de las hermanas de Lázaro– fue considerada patrona protectora de los truenos y terremotos en Arequipa desde el primer seísmo considerable que experimentaron los españoles en la ciudad en 1555.

El miedo de la población se fue acrecentando en la medida que se mantenía la oscuridad debido a la ceniza en suspensión y los constantes terremotos, ruidos subterráneos y explosiones que ellos escuchaban pero que no podían ver; hay que pensar que tardaron más de diez días en conocer el origen de la devastación que estaban padeciendo. En este sentido Bernabé Cobo señaló:

«... andaban los hombres con el perpetuo sobresalto, por no darles lugar a tomar reposo de noche los continuos terremotos y estallidos del volcán, tan afligidos y quebrantados, que tuvieran por mejor suerte acabar de una vez la vida, que dilatarla para tormentar más sus almas con la vista de tan lastimosos y prodigiosos sucesos... » (Cobo, 1964, p. 99)

Sin duda, más que la ruina material que estaba soportando la ciudad de Arequipa y alrededores, lo que más miedo les dio a las personas fueron *«los horribles truenos y bramidos del volcán, los continuos y apresurados terremotos, las tinieblas y relámpagos del aire»* (Cobo, 1964, p. 99). Para ellos sería como estar viviendo realmente en el infierno, descrito en esos términos a finales del siglo XVI, y si temían al demonio, casi podían verlo y olerlo, ya que el azufre y otros gases volcánicos impregnarían el ambiente y todo esto crearía oscuras fantasías en sus mentes atormentadas (Petit-Breuilh, 2007, pp. 405-420).

Cuando se fueron derrumbando algunas casas debido a los constantes y fuertes terremotos y al peso de la ceniza acumulada en los tejados, la Plaza Mayor fue una vez más el centro de refugio para los habitantes y epicentro de todas las actividades en torno a la crisis que se experimentó en Arequipa; este lugar les daba seguridad, cobijo y todos juntos estaban acompañados. Con todo, el sitio no les eximía de la caída de ceniza y pómez, que era abundante; así un miembro de la Compañía de Jesús dejó registrado que el domingo 20 de febrero *«era tal que predicando a los indios en la plaza en gran multitud de gente que se juntó, no se distinguían cuales fuesen hombres ni cuales mujeres, y fue necesario sacar algunas luzes para que hubiese alguna claridad»* (Egaña y Fernández, 1986, p. 11).

Una de las primeras medidas adoptadas tras las confesiones públicas y para lograr la tranquilidad de la población fue la organización de una procesión de sangre el lunes 21 de febrero de 1600 con la imagen de Santa Marta<sup>6</sup>; fray Diego de Ocaña

<sup>6</sup> Vásquez de Espinoza, 1992: f. 87. BAV-Barb. Lat. 3584.

la describió de la siguiente manera: «*Derramóse mucha sangre; todos los niños y mujeres con piedras en las manos dándose golpes en los pechos y todos dando voces y gritos con lágrimas en los ojos, no habiendo rostro de ninguna persona enjuto por de duro corazón que fuere*» (Ocaña, 1987, p. 209). Ese mismo día y con el fin de completar el ritual se realizaron disciplinas y exorcismos en todos los monasterios para que se terminaran los sismos y cesara de una vez la caída de ceniza (Murúa, 1987, p. 539; Vázquez de Espinoza, 1992, p. 683).

Durante la fase más explosiva de la erupción se realizaron varios exorcismos utilizando, según el caso, reliquias de santos, el Lignum Crucis, el repique de las campanas o las imágenes de los santos protectores para enfrentarlos con el volcán. El sábado 19 de febrero los miembros de la Compañía de Jesús organizaron un «*santo exorcismo con el santo Lignum Crucis y todas las reliquias que sacamos*» (Egaña y Fernández, 1986, p. 8). Al parecer la idea de que la erupción tenía alguna causa maligna la señaló el propio Guamán Poma cuando expresaba que Arequipa había sido «*castigada por Dios como reventó el bolcán y salió fuego y se asomó los malos espíritus y salió una llamarada y humo de senisa y arena y cubrió toda la ciudad y su comarca...*» (Guamán Poma de Ayala, 1615, f. 1054).

El 19 de febrero, tras el ritual que pretendía la expulsión del demonio, las fuentes jesuitas señalan que «*el ermitaño, que aquí reside, salió desnudo de la cintura arriba con una cruz en la mano y una piedra en la otra, dándose grandes golpes en el pecho, seguiale tanta gente y con tal alarido y llanto que parecía se acabava el mundo*» (Egaña y Fernández, 1986, p. 10). Toda esta situación generó gran espanto en la población.

El domingo 20 de febrero todos los misioneros de las órdenes religiosas se reunieron para realizar un segundo exorcismo para unir fuerzas ante el mal; tal vez, identificados con los dioses andinos que según las creencias indígenas habitaban en los volcanes, especialmente en el Huaynaputina, que según mitos antiguos estaría controlado por Tunupa (dios ancestral del rayo en la región).

Como la situación con el desastre en Arequipa no mejoraba, el 21 de febrero se realizaron dos procesiones que fueron descritas de la siguiente forma por los miembros de la Compañía de Jesús:

«... en la primera sacaron al Santísimo Sacramento por la plaza, la segunda fue a Santa Martha, que aquí es abogada de los truenos y temblores: trugeron la sancta en procesion a la Iglesia Mayor donde le hazen el novenario, ubo sermón este día y a la noche procession de sangre de muchos penitentes y gran devozion...» (Egaña y Fernández, 1986, p. 11)

Esta información la ratifica Martín de Murúa (1613) en su crónica y aporta el nombre del misionero que hizo el sermón el 21 de febrero, identificándolo con el prior de San Agustín, fray Diego Pérez (Murúa, 1987, p. 540). Como la situación se mantenía, los rituales religiosos continuaron el 22 de febrero con un sermón «y tantas confesiones que no tiene que ver con esto la Semana Santa» (Egaña y Fernández, 1986, p. 11), destacando que la devoción y la dedicación de la población era total. El viernes 25 de febrero se realizó otra peregrinación en la «qual se trajo a Nuestra Señora de la Merced a la Iglesia Mayor, asistiendo a ella toda la gente y religiosos»; en esta ocasión hubo dos sermones, uno de ellos fue en esta iglesia antes de sacar la imagen en procesión y el otro de regreso en la Iglesia Mayor, después de la llegada de la comitiva (Egaña y Fernández, 1986, p. 12).

Un acontecimiento desmoralizador para los habitantes de Arequipa tiene que haber sido comprobar el colapso de parte de la estructura de la propia catedral el 25 de febrero, hasta ese momento refugio y «hogar» de sus imágenes sagradas; aquellas que según ellos, harían de intermediarios entre la divinidad y esa comunidad pecadora, causante del desastre según la interpretación providencialista de la época. También se predicó un sentido sermón (Ocaña, 1987, p. 210). Este día se hizo un nuevo exorcismo y seguramente debido a que llovía se conjuraron las nubes de tormenta con el repique de campanas, igual que se hacía en Europa en la época para estos casos (Gelabertó, 1991, p. 328); las fuentes documentales señalan el pavor y el miedo que tuvieron las personas esa noche «oyéndose solo sollozos y gemidos» (Egaña y Fernández, 1986, p.10).

El sábado 26 de febrero continuó la actividad volcánica y los habitantes de Arequipa se reunieron para hacer una nueva rogativa, que esta vez salió desde la casa de la Compañía de Jesús, según se relata en las cartas que se conservan de la citada orden:

«... una cofradía en la qual sacamos en procesión el Niño Jesús y a Nuestra Señora de Copacavana y todas nuestras reliquias en manos de sacerdotes así de religiosos de Sant Agustín como clérigos de los nuestros, llevando delante un Cristo, que es el nuestro grande<sup>7</sup>, el qual llevaba un hermano de la casa, y al cabo el Padre Rector con el Sancto Lignum Crucis en las manos, iban los nuestros descalzos y destocados, aunque con mucha ceniza iban en toda la procesión cantando el miserere, y un sacerdote de los nuestros rigiendo la procesión con Cristo en las manos, el qual a trechos se hincaba de rodillas y demandando en alta voz al cielo, dezia por tres veces misericordia... » (Egaña y Fernández, 1986, p. 13)

<sup>7</sup> Esta imagen de Cristo crucificado fue regalo de Carlos V a la ciudad de Arequipa en 1550.



**Figura 1.** Croquis de la Plaza Mayor de Arequipa donde se realizaron la mayoría de los rituales y ceremonias religiosas para aplacar la «ira de Dios» en febrero y marzo de 1600. Destaca el perfil de la antigua Iglesia Mayor de Arequipa (1558) destruida durante esta erupción y reconstruida a mediados del siglo XVII (Guamán Poma de Ayala, 1615, f. 1053).

En este sentido, las crónicas de la época completan esta información indicando que salieron doce sacerdotes con doce relicarios, «*con grandes reliquias y huesos de Santos; iban todos los sacerdotes descalzos*» (Vázquez de Espinoza, 1992, p. 684). Debido al miedo de la población por lo que estaba sucediendo, siguieron intentando solucionarlo rezando y dando muestras públicas de arrepentimiento; así una vez que se produjo esa peregrinación devota que había comenzado a las 14:00 horas y terminó a las 18:30, tras haber realizado un recorrido por todas las iglesias, monasterios y el hospital, los vecinos regresaron a sus casas y de inmediato se organizó otra procesión desde el convento de Santo Domingo con el «*Cristo de la Veracruz y la imagen de Nuestra Señora del Rosario*», que era muy venerada (Egaña y Fernández, 1986, p. 13). Al parecer también sacaron en la procesión la imagen de San Jacinto «*que la acompañó toda la ciudad, y fueron con grandísimo trabajo por la grandísima cantidad de ceniza que había llovido*» (Vázquez de Espinoza, 1992, p. 684).

El domingo 27 de febrero se dispuso otra procesión por la mañana, que salió esta vez desde San Agustín; en su recorrido se detuvo en la puerta de la Casa de la

Compañía de Jesús y predicó allí el Prior de aquel convento (Egaña y Fernández, 1986, p. 14), llamado fray Diego Gutiérrez (Vázquez de Espinoza, 1992, p. 684). En los documentos se insiste en el abundante número de sermones que se habían predicado durante esos días de crisis, que ayudaban a crear un ambiente de fin del mundo, aunque solo era la naturaleza que se expresaba. Debemos recordar que en aquella época esto era interpretado como la manifestación de la «ira de Dios». Serían momentos difíciles, ya que todo lo que estaba sucediendo provocaría una enorme desazón en los supervivientes, teniendo en cuenta que aparte de los rituales religiosos no tenían más repuestas al desastre que estaban viviendo, que por supuesto, les superaba.

Continuando con la descripción cronológica de los actos religiosos durante la fase más explosiva de la erupción, al parecer el último exorcismo se organizó el lunes 28 de febrero, cuando se recurrió nuevamente al repique de las campanas; un relato de los jesuitas señala que «*siendo el clamor de las campanas tan apresurado y continuo que causaba particular horror y grima*» (Egaña y Fernández, 1986, p. 14).

Además, desde el cinco hasta el lunes 13 de marzo se realizó una novena de misas cantadas dedicada a la Virgen de la Consolación y Santa Marta; hay que destacar que justamente se inició un día después del último episodio explosivo con emisión de flujos piroclásticos (Vázquez de Espinoza, 1992, p. 685). Al final, a los habitantes les quedó la sensación de que a pesar de la ruina experimentada sus súplicas habían sido escuchadas por la divinidad, así el propio Guamán Poma señaló esta idea en su crónica, a propósito de este suceso extraordinario:

«... Rebentó el bolcán y cubrió de zeniza y arena la ciudad y su jurisdicción, comarca; treynta días no se bido el sol ni luna, estrellas. Con la ayuda de Dios y de la virgen Santa María sesó, aplacó...» (Guamán Poma de Ayala, 1615, f. 1053)

En esta época el arzobispo de Lima era Toribio de Mogrovejo y aunque se había decidido crear un obispado en Arequipa, que hasta esta fecha era sufragáneo del de Cuzco, no se hizo efectivo hasta 1609, muchos años más tarde de que ocurriera la erupción del Huaynaputina<sup>8</sup>. El prelado de Cuzco en 1600 era Antonio de Raya Méndez de Navarrete<sup>9</sup> y fue uno de los personajes que tuvo que hacerse cargo de sus fieles en Arequipa tras el desastre causado por la erupción; así debido a la:

<sup>8</sup> AGI, MP-BULAS\_BREVES, 98. Copia notarial expedida por el Cardenal Pedro Aldobrandini, a instancias de Pedro Cosida, procurador de España en la Curia Romana de la Bula de Paulo V (Roma, 20 de julio de 1609) desmembrando la ciudad de Arequipa del Obispado de Cuzco y estableciendo en él una nueva silla episcopal.

<sup>9</sup> Cañada, 2008, p. 189. Antonio de Raya fue obispo de Cuzco entre 1594 y 1606, fecha de su fallecimiento.



«... penuria de la ciudad de Arequipa y socorro de su obispo desde Cuzco... embió su señoría el señor obispo del Cuzco como tan gran padre y pastor de sus ovejas, diez mil pesos de limosna en especie de comidas y en plata que repartir entre los necesitados y pobres de esta ciudad; y éranlo de manera todos, que no había a quien desechar y tantos los pretensores de recibir esta limosna, que con venir todo remitido a la disposición de la Compañía, se salieron afuera, dejáronle en las manos del sacerdote que para este efecto embió su señoría, para que conforme a su caridad y prudencia hiciese la distribución dél...» (Fernández, 1981, p. 264 y 266)

A pesar de lo descrito, la realidad que se desprende de la documentación consultada en el Archivo General de Indias es menos idílica que la relatada por los jesuitas, ya que las necesidades que hubo que cubrir desde el inicio de la citada catástrofe volcánica fueron muchas y las ayudas desde Cuzco llegaron cuando lo peor había pasado. Hay varios informes de la época que revelan la necesidad de autonomía en Arequipa en asuntos eclesiásticos<sup>10</sup> y del merecido reconocimiento de quienes verdaderamente resolvieron los problemas cotidianos de la población<sup>11</sup>.

## 5. Principales daños materiales y medidas de seguridad ciudadana

La primera medida de precaución de los habitantes de Arequipa fue refugiarse en los patios y corrales durante la noche del 18 de febrero, por el miedo a que se derrumbaran sus casas por efecto de los enjambres de sismos (Egaña y Fernández, 1986, p. 8). En aquella época la mayoría de las construcciones estaban hechas «*de adobe y techos de paja*» (Martínez, 2006, p. 133), por ello a lo largo de los días fueron cayendo edificios particulares y templos, terminando por asolar la ciudad. En este contexto, desde el 19 de febrero las personas comenzaron a abandonar sus casas debido a la desconfianza que sentían y su temor a que se desmoronaran techos y paredes debido a los continuos y fuertes terremotos de origen volcánico, y a pesar de la abundante caída de pómez no se atrevieron a regresar por la noche a sus hogares (Cobo, 1964, p. 97).

Como se ha indicado, el refugio para la población fue la Plaza Mayor, lugar destinado a congregarse a los asustados vecinos de Arequipa y donde se realizaron los primeros rituales religiosos, incluso una procesión el 20 de febrero. En esta época no se pensaba en salir de las fronteras de la ciudad, ya que los hispanos se sentían fuera

<sup>10</sup> AGI, Lima, 111. Carta del cabildo de Arequipa, 15 de enero de 1610. Insistiendo sobre la necesidad de separarse del obispado de Cuzco.

<sup>11</sup> AGI, Lima, 111. Carta firmada en Arequipa el 3 de enero de 1616, donde se destacan las virtudes del licenciado Lorenzo Degrado, que actuó como arcediano la iglesia de Arequipa mientras era sufragánea de Cuzco, y provisor y vicario en período de sede vacante.

de su mundo «civilizado»; lo rural representaba según su mentalidad lo salvaje y descontrolado. El mismo día 20, la villa de los jesuitas, recién terminada, se desplomó debido al peso de la ceniza y pómez acumulada en los techos (Egaña y Fernández, 1986, p. 10).

Otra de las consecuencias de la erupción fue que los arequipenses se quedaron sin agua potable el 20 de febrero, lo que generó importantes dificultades. Según un informe remitido por el cabildo al Consejo de Indias en 1603, este problema se mantuvo en el tiempo:

«...dado con el dicho terremoto y reventazón del volcán todas las obras públicas de la ciudad derribadas y las acequias con que se riegan todas las heredades y haciendas están cubiertas con la dicha ceniza y aunque se limpian cada día se vuelven a cegar...»<sup>12</sup>

Como se desprende de la documentación oficial, el corregidor de Arequipa, Juan Hurtado de Mendoza, fue el encargado de resolver y organizar la logística del desastre originado por la actividad volcánica, en este caso, el que envió grupos de indígenas para que limpiaran permanentemente las acequias y de esa forma restituir las veces que fuera necesario el abastecimiento de agua<sup>13</sup>.

El miércoles 23 de febrero de 1600, tras la fase más explosiva de la erupción, se registró también la falta de comida. Ya desde los primeros días de la erupción destacó la actuación del citado corregidor Hurtado de Mendoza:

«... acudido el dicho corregidor con gran diligencia y cuidado al reparo de las casas de esta ciudad por su persona con gran suma de medios para descargar los tejados que con el gran peso de la ceniza a no haber hecho esta diligencia se vinieran al suelo y esto lo continuó así como continuara el llover sobre ellos que era de ordinario y abriendo las acequias del agua que viniere a esta ciudad por los molinos della que se cegaban cada día que fue causa de que no pereziesen todos de hambre y así no se sintió ninguna porque estaba la plaza llena de bastimentos en medio de las mayores oscuridades...»<sup>14</sup>

Hay que recordar que en esta fecha la mayoría de las construcciones de la ciudad eran de adobe con techos de paja; será solo en el siglo XVII cuando se comiencen a utilizar otro tipo de materiales más resistentes, como rocas sedimentarias de origen volcánico y otras más duras.

<sup>12</sup> AGI, Lima, 111. Memorial de la Provincia de la ciudad de Arequipa, 1603.

<sup>13</sup> AGI, Lima, 111. Carta del cabildo de Arequipa al Virrey del Perú, 20 de marzo de 1601.

<sup>14</sup> AGI, Lima, 111. Carta del cabildo de Arequipa al Virrey del Perú, 20 de marzo de 1601.

Como se ha comentado antes, hasta el domingo 27 de febrero no se tuvo certeza de que lo que estaba ocurriendo era una erupción volcánica; este dato nos puede hacer reflexionar sobre la situación experimentada por los habitantes de Arequipa y los alrededores: miedo, ansiedad, frustración y una serie de sentimientos encontrados ante lo que para ellos era el fin del mundo.

Cuando ocurrió la erupción del Huaynaputina el virrey del Perú era Luis de Velasco (1596-1604), quien inmediatamente se interesó por el asunto informando al rey y al Consejo de Indias, sobre todo para gestionar ayudas económicas, como eliminar por algunos años el pago de la alcabala, debido a que se habían perdido las cosechas y cultivos casi en su totalidad<sup>15</sup>. Es indudable que uno de los aspectos que más preocupaba a la administración hispana era la despoblación que se estaba produciendo en la región debido a la falta de alimentos, ya que las secuelas del desastre volcánico se mantuvieron durante años. En este sentido, es evidente que debido a la larga y explosiva erupción, la población indígena y española trataría de marcharse, ya que la acumulación de diversos tipos de piroclastos, especialmente pómez, dejó arruinados los campos a más de 250 kms. a la redonda durante mucho tiempo. Esta evidencia la confirma Bernabé Cobo cuando comentaba al respecto:

«... Como la mayor parte donde cayó la ceniza es tierra de Llanos, donde nunca llueve, están hasta hoy los campos y cerros aún no limpios de ella; la cual está tan sutil, movediza y suelta, que en partes no se puede andar encima della, porque se hunden las personas y cabalgaduras, y en soplando el viento recio, levanta espesas polvaredas, que grandemente enturbian y oscurecen el aire...»  
(Cobo, 1964, p. 99)

Sin duda, el clima seco de la zona favoreció la permanencia de la ceniza y contribuyó a mantener el dantesco escenario que acompañó la historia de Arequipa durante las primeras décadas del siglo XVII.

## 6. Procesos desastrosos después de la erupción

Como se ha indicado, los habitantes de Arequipa y alrededores tuvieron que soportar durante meses la erupción del Huaynaputina, pero cuando todo se calmó las consecuencias en el medioambiente siguieron provocando daños; además, la ya maltrecha población acrecentaba sus temores y aumentaban sus deseos de emigrar a otros territorios. Uno de los procesos más peligrosos tras la actividad volcánica fue-

<sup>15</sup> AGI, *Patronato*, 191, R. 23. Carta del Virrey Luis de Velasco al Rey, Lima, 1 de marzo de 1602 y AGI, *Lima*, 111. Memorial de la Provincia de la ciudad de Arequipa, 1603.

ron los lahares que se sucedieron en los valles y quebradas repletas de ceniza y pómez estropeando las posibilidades de recuperación económica de la región a corto plazo. El cronista Bernabé Cobo señaló:

«... Más no es para pasar en silencio la notable furia con que corrían estas avenidas, que era tanta, que con ser la ceniza un polvo muy sutil y blando, robaba de manera la tierra por do pasaba, que dejaba en ella hecha como una madre de río ... asolaron estas avenidas y corrientes de ceniza muchas heredades y tierras de labor, que no han sido de más provecho ...» (Cobo, 1964, p. 100)

También se produjeron varios embalses de aguas estancadas con los materiales volcánicos, troncos de árboles y materia orgánica, que con el paso de las semanas se rompieron y sorprendieron nuevamente a los vecinos con la ruina e incluso la muerte de algunos<sup>16</sup>. Bernabé Cobo reseñó estos procesos de la siguiente forma: «*otra ola o avenida arrebató a un hombre, y embistiendo con su rápida corriente en una laguna bien honda, aunque angosta, dio con él de la otra parte de ella, pasándolo sobre el agua sin que se le mojase un hilo de la ropa*» (Cobo, 1964, p. 100).

Asimismo, debido a la gran cantidad de vacunos y otros animales muertos se fue produciendo una gran pestilencia y surgió la amenaza real de una epidemia<sup>17</sup>; de hecho, muchas personas enfermaron debido a las condiciones ambientales a las que quedaron expuestas tras la erupción volcánica. En una carta conservada por los jesuitas se señala:

«... las vacas de quinientas en quinientas las hallan muertas. Lo que yo temo y temen así los médicos, como los que no lo son, es alguna peste o mal grave, porque ya todos del mucho polvo y continuo andamos como asmáticos, y la causa que nos haze más temer esta peste es el mucho ganado que en este contorno se a muerto, y con esto otras muchas causas que se an juntado... » (Egaña y Fernández, 1986, p. 17)

Después de meses y años de miseria en Arequipa, ya que las consecuencias de la erupción permanecían allí, muchos vecinos morían de hambre y ante esta realidad los que pudieron decidieron emigrar a otras regiones perdiendo toda fe en recuperar sus cosechas, ganados, y bienes materiales<sup>18</sup>. La mayoría estaba enfermando y ya nada les consolaba. Así un miembro de la Compañía de Jesús reflexionaba en 1602:

<sup>16</sup> AGI, Lima, 111. Carta del Cabildo de Arequipa al Rey, 15 de septiembre de 1606.

<sup>17</sup> AGI, Lima, 111. Informe de los daños producidos por la erupción de 1600 en Arequipa, Lima, marzo de 1601.

<sup>18</sup> AGI, Patronato, 191, R. 23. Carta del Cabildo de Arequipa al Rey, 18 de marzo de 1602.

«... Aunque con estos trabajos los buenos se atemorizan, compungen y ponen más cuidado en su vida, el corazón de muchos está endurecido; con lo qual y ser cada día menos la gente de la ciudad y por irla sus vezinos desamparando, son menos las confessions y el cuidado de las cosas del alma y el de tratar de aplacar aquel gran Señor que mortificat et vivificat (da la muerte y da la vida) y que si les embio tan pesado castigo y trabajo, les puede sacar de él y mejorar con poderosa mano...» (Fernández, 1981, p. 266)

Con el paso del tiempo, también la mayoría de los curas se encontraban con la salud debilitada y no pudieron continuar la prédica como ellos hubiesen querido y como lo necesitaba la población.

## 7. La interpretación de la crisis por los indígenas andinos

Los pueblos de indios instalados en los corregimientos de Arequipa y alrededores habían sido evangelizados en la fe católica desde la llegada de Francisco Pizarro en 1531, o al menos lo habían intentado; con todo hay que tener en cuenta que los primeros misioneros permitieron una serie de licencias o mezclas entre los cultos ancestrales y los rituales católicos que ya a finales del siglo XVI eran consideradas erróneas. Tras el Tercer Concilio limense (1582-83) la evangelización de los nativos fue aplicada con metodologías consensuadas intentando que fueran más efectivas; con todo, cuando se produjo la erupción del Huaynaputina se generó una crisis existencial en muchos indígenas, que cuestionaron su adhesión a la fe católica y consideraron que el proceso volcánico era una consecuencia del alejamiento de sus antiguas creencias y del abandono de sus rituales y costumbres. Esto explicaría las distintas conductas que pueden ser documentadas de este colectivo; así acciones como vestirse con sus ropas tradicionales, comer y embriagarse como en tiempos antiguos, hacer sacrificios a sus antepasados, lanzarse vestidos con las antiguas vestimentas al volcán (suicidios/sacrificios), cambiarse el nombre cristiano, etc. son solo algunas evidencias de las consecuencias que tuvo en el pueblo indígena la erupción del Huaynaputina. Uno de los pocos cronistas que dejaron alguna descripción detallada sobre el comportamiento de los nativos que vivían en las cercanías del volcán activo fue Martín de Murúa que señaló:

«... Refieren que el viernes y sábado, antes que reventase el volcán, diez y ocho y diez y nueve de febrero, en la furia de los temblores mucha gente de estos pueblos, a la falda del cerro, ofrecieron lana de colores y otras cosas que solían antiguamente, y algunos indios e indias desesperando se arrojaban vivos en las quebradas y concavidades que se iban abriendo del volcán... » (Murúa, 1987, p. 544)

En este relato aparecen destacadas algunas de las creencias ancestrales de los andinos, que fueron tenidas por hechicerías por otros cronistas contemporáneos a la erupción. Es evidente que los habitantes originarios de la región mantenían un contacto espiritual con los volcanes, entendiendo que estos estaban habitados por ancestros o divinidades, y la actividad explosiva del Huaynaputina era la muestra, para ellos, de que les habían fallado al evangelizarse, o simplemente, al aceptar la presencia de los españoles en sus tierras. Estos suicidios o sacrificios no fueron entendidos por los hispanos y los interpretaron como cobardía ante el desastre, muy propio del arquetipo peyorativo que tenían del carácter de los indígenas.

Otra de las reacciones que quedó descrita en las fuentes oficiales fue el abandono de Arequipa por los nativos una vez iniciada la erupción. En otros casos simplemente se escondieron<sup>19</sup>, lo que resultó un problema, ya que se suponía que ellos debían encargarse de limpiar los techos, según el mandato del corregidor Hurtado de Mendoza; también debían desatascar las acequias y ayudar a los españoles en la reconstrucción de su ciudad. El citado corregidor procuró llevarles comida y mantenerlos conformes para que no se fueran de la ciudad, pero al parecer esta acción no alcanzó demasiado éxito<sup>20</sup>, ya que ellos entendían que «*era el juicio final*»<sup>21</sup>. Esta información documentada en cartas oficiales se corrobora con la señalada por el cronista Vázquez de Espinoza cuando indicaba «*que los indios andaban con agorerías y hechicerías y que con falta de fe decían, que el mundo se acababa y que pues se morían, se comiesen y bebiesen cuanto tenían; el corregidor puso algún remedio, prendiendo algunos que andaban desmandados...*» (Vázquez de Espinoza, 1992, pp. 683-684).

Bernabé Cobo obtuvo de algunos indígenas que sobrevivieron a la fase explosiva de la erupción los siguientes relatos, donde le explicaban que ellos pensaron que llegaba el final de sus días; lo que indica que al igual que los españoles, se sintieron castigados por sus dioses ancestrales:

«... persuadidos a esto algunos indios, y olvidados de la obligación de cristianos, se sentaron muy despacio a comer y beber hasta emborracharse, conforme a la bárbara costumbre que tenían en su gentilidad, comiéndose, aunque era cuaresma, las gallinas y carneros que tenían, diciendo que, pues habían de morir, no había para que guardarlos...» (Cobo, 1964, p. 98)

<sup>19</sup> AGI, Lima, 111. Carta del Cabildo de Arequipa, 18 de septiembre de 1601.

<sup>20</sup> AGI, Lima, 111. Informe de los daños producidos por la erupción de 1600 en Arequipa, Lima, marzo de 1601.

<sup>21</sup> AGI, Lima, 111. Carta del Cabildo de Arequipa, 18 de septiembre de 1601.

Estas conductas, que son reseñadas también en otras fuentes de la época, evocan más bien al retorno de sus antiguas tradiciones en estos momentos de crisis de subsistencia y demuestran la forma en que los andinos se relacionaban con la naturaleza y como veneraban y pedían favores a sus dioses; seguramente, debido a lo tardía que resultó la evangelización en el virreinato del Perú en comparación con Nueva España, se mantuvieron más tradiciones ancestrales de lo que los propios misioneros querían reconocer y que en momentos de dificultad, como fue esta erupción, afloraron en toda su magnitud.

Con todo, el sentimiento de culpa entre los indígenas llegó a tales extremos que algunos se suicidaron o, tal vez según su mentalidad, se ofrecieron al dios del volcán Tunupa para remediar el desastre, así el cronista Cobo explicaba como él entendía tales acciones: «*otros de los habitantes de los pueblos cercanos al volcán, por librar-se de congoja y de otra muerte más penosa, se ahorcaron*» (Cobo, 1964, p. 98).

En los asentamientos del corregimiento afectado debió existir mucha preocupación durante la fase explosiva del Huaynaputina, ya que varios de ellos se encontraban en las cercanías del citado volcán y algunos fueron sepultados literalmente por los flujos de piroclastos emitidos durante la erupción y la caída de pómez y bombas volcánicas. Así la desaparición de al menos seis pueblos de indios: «*Omate, Lloque, Tarata, Colaña, Chec y Quinistaca*» tuvo que tener consecuencias en la mentalidad y en el comportamiento indígenas, aspectos que han quedado poco explicados en las fuentes debido a que casi todas son españolas. Entre los pocos relatos que se conservan destaca el de Vázquez de Espinoza, quien señala que «*los indios al principio de la tempestad se retiraron a un alto cerro, muchos de los cuales se decían idolatraban en él y le hacían sacrificios en él al demonio, ofreciéndole en tiempos indios que echaban en el volcán para que los tragase*» (Vázquez de Espinoza, 1992, p. 685-686). Esta información confirma el mantenimiento a finales del siglo XVI del culto a las alturas y la práctica de sacrificios humanos en los Andes, especialmente en volcanes activos (Petit-Breuilh, 2006, pp. 77-96).

Según las fuentes, se calcula que debido a los flujos de piroclastos de la erupción del Huaynaputina murieron en estos pueblos más de doscientas personas y algunos que salvaron la vida llegaron a Arequipa días después y relataron sus vivencias (Cobo, 1964, p. 99). Este tema está de gran actualidad en Arequipa ya que el 30 de agosto de 2015 se informaba en la prensa local que se «*desenterrarán los pueblos sepultados por las cenizas del Huaynaputina en 1600*», indicando que serían en realidad 17 pueblos de indios los sepultados por el material volcánico<sup>22</sup>. El Proyecto

<sup>22</sup> Diario *El Correo de Arequipa* (Perú), 30 de agosto de 2015.



U.S.C. UNIVERSIDAD DE SUCRE

Huayruro, «*Pompeya peruana*» acaba de comenzar y pretende recuperar infraestructuras de los pueblos de: «*Quinistacas, Omate, Coporaque, Quinistaquillas, Tassata, Escobaya, Hanvasi, Cupilaque, Coalaque, Yamana, Acambaya, Jurama, laji, Chica, Lloque, Colona y Checa*», donde habrían muerto más de mil quinientas personas<sup>23</sup>.

## 8. Consideraciones finales

Una vez finalizada esta investigación, en la que se analizaron las respuestas de españoles e indígenas ante la erupción más explosiva de la América colonial y una de las mayores de la Historia, es evidente que la idea que tenían los habitantes de Arequipa sobre el origen del desastre es fundamental para comprender las decisiones adoptadas y los comportamientos de la población. En este contexto, el miedo que se generó debido a la erupción se debe principalmente al desconocimiento de la causa del desastre, lo que se entendió como un «castigo divino» y con este criterio se procedió en consecuencia. La población dejó todo para actuar unida en las actividades que pudieran significar el término de la catástrofe volcánica, como variados rituales religiosos siguiendo su visión providencialista.

Es evidente que la reacción de los indígenas andinos hacia finales del siglo XVI indica que la evangelización católica no había arraigado totalmente, ya que los remordimientos de muchos de ellos los llevaron a realizar sacrificios humanos (suicidios) y otro tipo de ceremonias con el fin de aplacar a sus dioses ancestrales.

Es preciso recordar que la región había experimentado varios terremotos durante el siglo XVI, especialmente el de 1582 había marcado ciertas pautas de comportamiento y ya existían devociones protectoras contra estos procesos, como la Virgen María y Santa Marta; con todo, la población no estaba preparada para entender y resolver lo sucedido en 1600.

A pesar de la visión providencialista de la época, la organización de la población ante la erupción del Huaynaputina no fue espontánea. Como conclusión de esta investigación podemos asegurar que los funcionarios que ocupaban cargos civiles y eclesiásticos fueron definitivamente los encargados de administrar a la población, destacando el virrey Velasco, el obispo de Cuzco Antonio de Raya y especialmente, el corregidor de Arequipa, Juan Hurtado de Mendoza, que actuó coordinadamente con los encargados de todas las órdenes religiosas asentadas en esos momentos en la ciudad.

A pesar de la ruina en que quedó sumida la región, el miedo de la población se apaciguó en parte debido al convencimiento que tenían de que todos los rituales

<sup>23</sup> Diario *La República-Sur* (Perú), 22 de septiembre de 2015.

realizados consiguieron el objetivo deseado: aplacar la «ira de Dios». Así esta idea se mantendrá durante siglos, hasta que los procesos naturales pudieron comenzar a ser explicados científicamente a finales del siglo XVIII; sin embargo, en pleno siglo XXI se siguen escuchando plegarias cada vez que ocurre una explosiva erupción o un terremoto de gran magnitud.

**Cuadro 1. Cronología de la erupción con datos recogidos en Arequipa**

Fecha	Descripción
<b>14 y 15 de febrero de 1600</b>	Se sintieron sismos de baja intensidad en los pueblos cercanos a Arequipa, indicando una actividad precursora de la erupción.
<b>18 de febrero, viernes<sup>24</sup></b>	A las 19:00 horas comenzaron los temblores <sup>25</sup> . Cerca de las 21:00 horas aumentó la magnitud y frecuencia los sismos en la zona; se cayeron algunas paredes, por lo que los habitantes de la ciudad evacuaron sus viviendas. Se sintieron fuertes ruidos y estruendos durante la noche <sup>26</sup> .
<b>19 de febrero, sábado</b>	Continuaron los temblores, algunos de gran intensidad, y se escucharon ruidos parecidos a truenos. A partir de las 17:00 horas se comenzó a poner oscura la ciudad y empezó la caída abundante de pómez <sup>27</sup> «del tamaño de una mostaza» en Arequipa y alrededores. La población se mantuvo fuera de sus viviendas. Cayeron algunas casas por los terremotos y el peso de la ceniza que fue acumulándose a lo largo de la tarde-noche. Se produjeron flujos de piroclastos que sepultaron algunos pueblos de indios. Se observaron relámpagos en la columna eruptiva y luces «como estrellas errantes» <sup>28</sup> . Se registraron «globos de fuego» sobre la ciudad <sup>29</sup> .
<b>20 de febrero, domingo</b>	Amaneció todo oscuro debido a la pómez en suspensión. Los habitantes de Arequipa tuvieron que descargar rápidamente los techos de sus casas y edificios para que no cayeran con el peso de los piroclastos. A las 14:00 horas la situación fue empeorando, de modo que «era una noche tan oscura que nadie conocía al que encontraba» <sup>30</sup> . A las 16:00 horas aclaró algo, pero entonces comenzaron a caer piroclastos durante tres horas. Se estancó el agua que abastecía a la ciudad debido a la cantidad de ceniza acumulada y que seguía cayendo <sup>31</sup> . El espesor de la pómez se calculó esa tarde en unos 7 u 8 centímetros.

<sup>24</sup> Cobo, 1964, p. 96.

<sup>25</sup> Ocaña, 1987, p. 206.

<sup>26</sup> Vásquez de Espinoza, 1992, p. 682.

<sup>27</sup> Egaña y Fernández, 1981, p. 8; Ocaña, 1987, p. 207; Murúa, 1987, p. 538.

<sup>28</sup> Cobo, 1964, p. 97. Egaña y Fernández, 1981, p. 8.

<sup>29</sup> AGI, *Lima*, 111. Informe de los daños producidos por la erupción de 1600 en Arequipa, Lima, marzo de 1601. Ocaña, 1987, p. 208.

<sup>30</sup> Cobo, 1964, p. 97; Murúa, 1987, p. 540.

<sup>31</sup> Ocaña, 1987, p. 209.

<b>21 de febrero, lunes</b>	Amaneció oscuro «todo cerrado de un color entre rojo y pálido, que ponía horror mirarlo» <sup>32</sup> . Cayó ceniza durante tres horas <sup>33</sup> .
<b>22 de febrero, martes</b>	Amaneció de color rojo pálido y continuó cayendo pómez fina desde las 9:00 hasta las 15:00 horas. Se registraron muchos temblores. En Arequipa se midió un palmo de ceniza acumulada, unos 21 cm. Se hundieron los techos de algunas casas
<b>23 de febrero</b>	Algo de claridad, continuó la caída de ceniza fina y los temblores. Se acumuló la ceniza hasta un palmo en alto en toda la ciudad, con cuyo peso se hundieron algunos techos y hubo que descargar los que seguían en pie <sup>34</sup> .
<b>24 de febrero</b>	Más claridad, no cayó ceniza, pero continuaban los temblores <sup>35</sup> .
<b>25 de febrero, viernes</b>	Amaneció el día nublado, de modo que necesitaban luces para ver. A las 20:00 horas llovió con «tierra menuda» <sup>36</sup> , seguramente ceniza mezclada con el agua de lluvia. Se describen por primera vez la pómez bandeada durante la erupción. Se desplomó parte de la estructura de la catedral de Arequipa
<b>26 de febrero, sábado</b>	Amaneció muy oscuro, por lo que debían llevar luces para verse. Seguramente este día se produjeron nuevamente flujos de piroclastos en el Huaynaputina. Cayó abundante ceniza fina en Arequipa y se sintieron varios temblores y fuertes ruidos de las explosiones volcánicas. En algunas partes de la ciudad la ceniza les llegó hasta la cintura <sup>37</sup> . Los vecinos se vieron obligados a descargar los piroclastos de los tejados para evitar desplomes <sup>38</sup> .
<b>27 de febrero, domingo</b>	Aclaró algo el día y por fin se supo que el origen del desastre había sido una erupción del volcán Huaynaputina. Sin embargo, continuó la caída de ceniza fina y los temblores. A las 16:00 horas nuevamente aumentó la actividad explosiva <sup>39</sup> .
<b>28 de febrero, lunes</b>	Amaneció algo más claro. A las 15:00 horas volvió a oscurecerse el día debido a la ceniza en suspensión. A las 17:00 horas se limpió algo el aire, pero continuaba la caída de ceniza. Se produjo un gran temblor y una nueva explosión <sup>40</sup> .
<b>29 de febrero</b>	Se vio el sol. Continuaba la caída de ceniza fina
<b>01 de marzo, miércoles</b>	Día algo claro. Caía ceniza fina
<b>02 de marzo</b>	Día algo más claro. Continuó la caída de ceniza fina
<b>03 de marzo</b>	Día algo más claro. Continuó la caída de ceniza fina

<sup>32</sup> Cobo, 1964, p. 97.

<sup>33</sup> Egaña y Fernández, 1981, p. 11.

<sup>34</sup> Murúa, 1987, p. 540.

<sup>35</sup> Murúa, 1987, p. 541.

<sup>36</sup> Ocaña, 1987, p. 210; Vázquez de Espinoza, 1992, p. 684; Murúa, 1987, p. 541.

<sup>37</sup> Ocaña, 1987, p. 211; Vázquez de Espinoza, 1992, p. 684.

<sup>38</sup> Murúa, 1987, p. 541.

<sup>39</sup> Vázquez de Espinoza, 1992, p. 684.

<sup>40</sup> Vázquez de Espinoza, 1992, p. 685.

<b>04 de marzo, sábado</b>	Amaneció el ambiente más despejado, pero sin sol. Caía mucha ceniza. Seguramente este día se produjo un nuevo flujo de piroclastos que sepultó otros pueblos de indios. “Desde este día se fue amansando la tormenta y la ceniza fue siempre en disminución, aunque no tan apriesa” <sup>41</sup>
<b>05 de marzo, domingo</b>	Gran oscuridad por la ceniza en suspensión. Temblores
<b>06 de marzo</b>	Caída de ceniza fina y temblores
<b>07 de marzo hasta el 15 de marzo</b>	Caída de ceniza fina

<sup>41</sup> Cobo, 1964, p. 97.

## Bibliografía citada

- ALCEDO, Antonio (1789), *Diccionario Geográfico-Histórico de la Indias Occidentales o América*, 5 tomos, Madrid, Imprenta de Manuel González.
- AMANQUI, Yony (2006), «Mentalidad ante los terremotos en la Arequipa colonial», Arequipa, Universidad Nacional de San Agustín. [www.bvirtual-unsu.edu.pe/edicion/7/9-historia-7-amanqui-pdf](http://www.bvirtual-unsu.edu.pe/edicion/7/9-historia-7-amanqui-pdf) (Consultado el 20 de octubre de 2015).
- BOUYASSE, Philippe et BOUYASSE-CASSAGNE, Thérèse (1984), «Volcan indien, volcan chrétien á propos de l'éruption du Huaynaputina en l'an 1600 (Pérou Méridional)», *Journal de la Société des Américanistes*, 70, pp. 43-68.
- BOUYASSE-CASSAGNE, Thérèse (1987), «De Empédocles a Tunupa: evangelización, hagiografía y mitos» en *Saberes y memorias en los Andes*, París, Éditions de l'IHEAL, pp. 157-212.
- CALANCHA, Antonio de la y TORRES, Bernardo de (1972), *Crónicas agustinianas del Perú (primera mitad del siglo XVII)*, vol. 1, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- CAÑADA QUESADA, Rafael (2008), «Expedientes de limpieza de sangre conservados en el Archivo de la Catedral de Jaén», *Elucidario*, 5, p. 189.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro (1984), *La crónica del Perú (1540-1550)*, Crónicas de América, Núm. 4, Madrid, Historia 16.
- COBO, Bernabé (1964), «Historia del Nuevo Mundo» en *Obras del Padre Bernabé Cobo de la Compañía de Jesús*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 1, Madrid.
- DELUMEAU, Jean (1989), *El miedo en occidente*, Madrid, Taurus.
- EGAÑA, Antonio de y FERNÁNDEZ, Enrique (1986), *Monumenta Peruana*, vol. VII (1600-1602), Apud Institutum Historicum Societatis Iesu, Romae, 1986. Signatura: Ordini Rel. II, Gesniti 6, n° 128.
- FERNÁNDEZ, Enrique (1981), *Monumenta Peruana*, vol. VIII (1603-1604), Apud Institutum Historicum Societatis Iesu, Romae. Signatura: Ordini Rel. II, Gesniti 6, n° 120.
- GELABERTÓ, Martín (1991), «Tempestades y conjuros de las fuerzas naturales. Aspecto mágico-religioso de la cultura por la Alta Edad Moderna», *Manuscripts*, n° 9, p. 328.
- JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos (1888), «Una ascensión á el Pichincha», Primer semestre, tomo XXIV, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*.
- LAVALLÉ, Bernard (2011), «Miedos terrenales, angustias escatológicas y pánicos en tiempos de terremotos en el Perú a comienzos del siglo XVII», *e-Spania*, 16 págs. <http://e-spania.revues.org/20822> (Consultado el 27/09/2015).
- MÁLAGA MEDINA, Alejandro (1975), «El corregimiento de Arequipa. Siglo XVI», *Historia*, N° 1, 1975, p. 47-85.

- MARTÍNEZ SILVA, Juan M. (2006), «Arte americano: contextos y formas de ver», en *Terceras Jornadas de Historia del Arte*, RIL editores, p. 133.
- MURILLO VELARDE, Pedro (1990), *Geografía histórica de la América y de las Islas Adyacentes, y de las Tierras del Norte y del Sur*, tomo IX, edición facsímil (1752), Universidad de Granada.
- MURÚA, Martín de (1987), *Historia General del Perú* (1613), Madrid, Historia 16.
- OCAÑA, Diego de (1987), *A través de la América del Sur*, tomo 33, Madrid, Historia 16.
- PETIT-BREUILH, M<sup>a</sup> Eugenia (2001), «Conjuros y exorcismos ante los desastres naturales en Hispanoamérica (siglos XVI-XVIII)» en GONZÁLEZ CRUZ, David (ed.), *Ritos y ceremonias en el mundo hispano durante la Edad Moderna*, Huelva, Universidad, pp. 331-351.
- PETIT-BREUILH, M<sup>a</sup> Eugenia (2004a), *La historia eruptiva de los volcanes hispanoamericanos (siglos XVI al XX). El modelo chileno*, Serie Casa de los Volcanes, Islas Canarias, Servicio de Publicaciones del Exmo. Ayuntamiento de Lanzarote.
- PETIT-BREUILH, M<sup>a</sup> Eugenia (2004b), *Desastres naturales y ocupación del territorio en Hispanoamérica*, Huelva, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.
- PETIT-BREUILH, M<sup>a</sup> Eugenia (2006), *Naturaleza y desastres en Hispanoamérica. La visión de los indígenas*, Madrid, Sílex ediciones.
- PETIT-BREUILH, M<sup>a</sup> Eugenia (2007), «La concepción científica de la dinámica terrestre en los cronistas de Indias» en *Orbis Incognitus. Avisos y Legajos del Nuevo Mundo*, Universidad de Huelva, pp. 405-420.
- SILVA, Shanaka de y ZIELINSKI, Gregory (1998), «Global influence of the AD 1600 eruption of Huaynaputina, Peru», *Nature*, 393, pp. 455-458.
- SIMKIN, Tom y SIEBERT, Lee (1994), *Volcanoes of the World*, Geociences Press, Tucson, Smithsonian Institution.
- VÁZQUEZ DE ESPINOZA, Antonio (1992), *Compendio y descripción de las Indias Occidentales (segunda parte)*, Madrid, tomo 68b, Historia 16.
- VEROSUB, Kenneth y LIPPMAN, Jake (2008), «Global Impacts of the 1600 Eruption of Peru's Huaynaputina Volcano», *EOS, Transactions American Geophysical Union*, 89, N. 15, pp. 141-148.